

Bananos y hombres

Dicen unas grandes autoridades médicas a quienes la United Fruit Co. ha consultado, con el fin de hacer propaganda a su artículo, que el banano es un gran alimento para los niños.

III

Niños

= Envío de la autora =

(Véanse las entregas anteriores.)

Cae la tarde. Comienza mayo y el canto de las chorchas y de los yigüirros pone una dulzura infinita en la paz hipócrita de estos campos tropicales cubiertos de charcos en cuya mirada verdosa acecha la fiebre. Corre el Parismina sin ruido con su taimada mansedumbre que el sol poniente dora y toca de melancolía. Pasan sobre el agua las garzas blancas y grises su vuelo romántico y entre las ondas se esconden tiburones y cocodrilos. Los zancudos del paludismo comienzan a inquietar el encanto de la tarde.

Los niños pálidos y los perrillos flacos y sarnosos deambulan por el caserío, unos diez ranchos lo más.

Son verdosos, muy morenos, con las pancillas repletas de lombrices, amebas, anquilostomas y de sabe Dios cuantos otros monstruos. No gritan ni saltan, se mueven con lentitud y cuando sonríen dejan ver unas encías exangües, lo cual da un fondo doloroso a esta sonrisa.

Descansan su vagabundeo en el bote tumbado en la ribera a la sombra piadosa de un sotacaballo.

Ramón y Julián, ocho y doce años respectivamente, llevan el tronco desnudo. Son hermanos, hijos de la Rosa, cada uno de padre diferente: Ramón de un nica, Julián de un chino. Basta verle los ojillos, los pómulos y el pelo como agujas. Ahora la Rosa vive con Luis, un negro. El negro Luis se emborracha y yo creo que también la Rosa. Dicen que en las parrandas que arman hacen beber también a los chiquillos.

Anselmo es hijo de la Mariana, el mayor de una marimba de cinco criaturas. Pero ni Anselmo ni el que le sigue son hijos de Díaz, el padre de los tres últimos, a los cuales ha chineado el pobre Anselmo: siempre anda cargado con el último crío que la Mariana ha tenido a bien traer a este mundo. Quizás sea el oficio lo que ha dado al niño esa cara de tonto o de bestia de carga que tiene.

Lidia, siete años, debilucha, los párpados hinchados, precoz y perfectamente instruida en todo lo que se relaciona con el pecado que en las tablas de Moisés ocupa el sexto lugar. Eso sí, ni ella, ni la madre, ni ninguna de esas gentes cree que eso sea pecado. (Yo me pregunto lo que piensan los católicos que hace su Dios con las almas de estas criaturas). La madre de Lidia es la cocinera del administrador de la finca, una mujer joven y guapa de Cartago, con perfil de medalla romana, sólo que cuando ríe deja ver unas encías pobladas de ruínas negruzcas que deben oler mal ¡Y cuánto ha rodado esta pobre Eloisa con su chiquilla! Algo así como Estefanía con la suya. Cuando van al Carmen o salen a Siquirres, Lidia se

empolva y se encoloretea como su madre y se les guinda y pide plata a los hombres con quienes la otra tiene que ver.

Martín, unos ocho años, es hijo de Felipe Quesada el mejor cortador de la finca y también el más borracho. Dicen que tiene una saca de guaro y que el chiquillo le ayuda en tales andanzas. Un día, cuando Martín contaba un año, su madre se fué con otro, y así él ha tenido que vivir con todas las mujeres con quienes su padre se ha amancebado; con la Petrona que le pegaba sin misericordia, con la Carmela que no le hacía caso y que lo dejó cundirse de niguas y piojos, con la Socorro que se pasaba borracha y ahora con la Eva que tiene dos hijas más grandes que Martín. Esta ha sido la mejor época del niño porque la Eva y las chiquillas son buenas con él. Eva no quiere que ni sus hijas ni Martín se queden burros como ella que ni leer sabe, y así lava la ropa a Cayetano Espinoza, un peón, sin cobrarle nada con tal de que los enseñe a leer y a escribir y algo de números.

Natalia, una muchachita de edad indefinible, con su hermanito en los brazos. ¡Qué grupo más triste Señor! Ella, verdosa, hinchada por la anemia, revejida, con unas mechas negras, enredadas y sin vida cayéndole de la cabeza abatida por una mano invisible. El niño tendrá con trabajos un año: la cabecita coronada por unos rizitos negros, la cosa más linda y bajo ellos un rostro tan triste, tan pálido, de una palidez casi transparente, abotargado, serio, serio como si no conociera ni la sonrisa; los ojitos hinchados con la esclerótica casi lívida que hace pensar en la muerte. La madre cuenta que se quedó así como tontico desde una caída en la que se le hundió la mollera; y que después Antonia la vieja curandera que vive en la Barra del Parismina se la sacó con la boca así; primero se echó una buchada de ron y luego una bocanada de humo de puro, aplicó la boca a la mollera hundida y absorbió para sacarla. Engracia, la madre de Natalia quiere que la muchachita y otros dos niños suyos, aprendan a leer con Cayetano, pero no van a poder, pues se van a ir a construir un rancho a unos seis o siete kilómetros de allí. Hay que voltear montaña para sembrar más banano y los chiquillos se tendrán que quedar animales como ella que no sabe ni una letra, sí, animales entre esas soledades.

De la otra ribera gritan. Es que han pescado un tiburón. Hace poco un tiburón aserró la pierna de una muchachita que se bañaba a la orilla del río. ¡Y estas criaturas que se pasan chapuceando entre el agua!

La música de las chorchas y de los yigüirros es ya sólo un recuerdo melo-

dioso en la memoria del tiempo. Hacia el oriente, sobre el azul tierno del cielo comienzan a brillar con inocencia y timidez las estrellas. A saber si en muchas de ellas hay paludismo, culebras venenosas, tiburones y fincas de banano.

Los congos ladran en la lejanía y en el higuérón vecino las oropéndolas arman su algarabía de comadres oficiosas, antes de entregarse al descanso. En los zacatales de las riberas se encienden y apagan millones de candelillas. Los niños las contemplan con sus ojos sin alegría.

A través del encañizado de las paredes de los ranchos comienza a brillar el fuego del hogar. Es como si los ranchos se pusieran a sonreír. ¡El hogar en estas regiones que producen banano, y éstos niños!..

Los que conocen el valor de los alimentos, han descubierto que el banano es una gran cosa, que cuando una persona se come un banano se mete entre el cuerpo no sé cuántas calorías y vitaminas.

Pero las gentes que trabajan en las fincas de banano dicen que es malo. Bueno, hacen ironía sin saberlo...

En cambio en los Estados Unidos, en donde casi todo el mundo es pragmático y por lo tanto sabe aprovechar honradamente lo que a los demás ha costado sudor y fatiga, comen todos los bananos que les ofrece la United Fruit Co. Dicen la United Fruit Co. y los médicos a quienes ha consultado, que esa fruta es excelente sobre todo para los niños cuando están creciendo. ¡Qué carteles más sugestivos presentan! El yanqui que se quede sin comerla, es por que es un tonto redondo.

¡Cuán sugestiva la propaganda que esa compañía hace a su artículo! Unos carteles artísticos y unos anuncios irresistibles en las revistas! Si hasta logran interesar a la Pedagogía... En revistas para maestros pintan a los trópicos, las tierras en donde se cultiva el banano, como el paraíso terrenal y dedican páginas enteras a los bananos de la United Fruit Co; grabados de niños sonrientes y sanos que esperan con mirada golosa el plato que una madre encantadora les está preparando, o de graciosos chiquillos que comen banano. Y luego la lectura habla de maestros interesados en la salud y vitalidad de sus alumnos, quienes saben por experiencia que no hay nada mejor para éstos como un banano maduro y un vaso de leche, y de autoridades médicas que han encontrado en el banano elementos indispensables para los huesos y los músculos.

For growing children bananas and milk are a nourishing luncheon.

Una merienda nutritiva para los niños que crecen: leche y bananos.

Carmen Lyra

Costa Rica, Junio de 1931.

Revista Chilena

Diplomacia, Política, Historia, Artes, Letras

Director: FÉLIX NIETO DEL RÍO

Suscripción anual para el Ext. \$ 40

Dirección y Administración: Correo, 8. Santiago (Chile).